

III Semana de Pascua, Ciclo C

Lectio: 3º Domingo de Pascua

Lectio: Domingo

El amor nos hace reconocer la presencia del Señor La invitación a la Eucaristía del Resucitado Juan 21,1-19

1. Oración inicial

Envía, oh Padre, tu santo Espíritu, para que la noche infructuosa de nuestra vida se transforme en el alba radiante en la que reconocemos a tu Hijo Jesús presente en medio de nosotros. Aletee tu Espíritu sobre las aguas de nuestro mar, como en el principio de la creación y se abran nuestros corazones a la invitación de amor del Señor, para participar en el banquete preparado de su Cuerpo y de su Palabra. Arda en nosotros, oh Padre, tu Espíritu, para que nos convirtamos en testigos de Jesús como Pedro, como Juan, como los otros discípulos y vayamos también nosotros cada día a la pesca de tu reino. Amén.

2. La palabra que el Señor me regala hoy

Antes de nada me pongo en posición de escucha leyendo con atención y amor este pasaje de Juan. Sé que es un pasaje pascual, que es una Palabra rica de luz, de presencia, de gracia; sé que es el buen alimento preparado para mí. Trato de estar atento, en la lectura, desde este primer paso para no ceder nada, para no estar en la superficie. Leo atentamente, acercando mi corazón a los personajes, a las palabras que el evangelista usa; poniendo atención a las indicaciones de los lugares, de los tiempos. Soy como Lázaro, que quiere recoger toda migaja de la mesa del Señor.

a) Lectura del texto:

¹ Después de esto, se manifestó Jesús otra vez a los discípulos a orillas del mar de Tiberíades. Se manifestó de esta manera. ² Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael, el de Caná de Galilea, los de Zebedeo y otros dos de sus discípulos. ³ Simón Pedro les dice: «Voy a pescar.» Le contestan ellos: «También nosotros vamos contigo.» Fueron y subieron a la barca, pero aquella noche no pescaron nada.

⁴ Cuando ya amaneció, estaba Jesús en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. ⁵ Díceles Jesús: «Muchachos, ¿no tenéis nada que comer?» Le contestaron: «No.» ⁶ Él les dijo: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis.» La echaron, pues, y ya no podían arrastrarla por la abundancia de peces. ⁷ El discípulo a quien Jesús amaba dice entonces a Pedro: «Es el Señor». Cuando Simón Pedro oyó «es el Señor», se puso el vestido -pues estaba desnudo- y se lanzó al mar. ⁸ Los demás discípulos vinieron en la barca,

arrastrando la red con los peces; pues no distaban mucho de tierra, sino unos doscientos codos.

⁹ Nada más saltar a tierra, ven preparadas unas brasas y un pez sobre ellas y pan. ¹⁰ Díceles Jesús: «Traed algunos de los peces que acabáis de pescar.» ¹¹ Subió Simón Pedro y sacó la red a tierra, llena de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y, aun siendo tantos, no se rompió la red. ¹² Jesús les dice: «Venid y comed.» Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: «¿Quién eres tú?», sabiendo que era el Señor. ¹³ Viene entonces Jesús, toma el pan y se lo da; y de igual modo el pez. ¹⁴ Esta fue ya la tercera vez que Jesús se manifestó a los discípulos después de resucitar de entre los muertos.

¹⁵ Después de haber comido, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?» Le dice él: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero.» Le dice Jesús: «Apacienta mis corderos.» ¹⁶ Vuelve a decirle por segunda vez: «Simón de Juan, ¿me amas?» Le dice él: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero.» Le dice Jesús: «Apacienta mis ovejas.» ¹⁷ Le dice por tercera vez: «Simón de Juan, ¿me quieres?» Se entristeció Pedro de que le preguntase por tercera vez: «¿Me quieres?» y le dijo: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero.» Le dice Jesús: «Apacienta mis ovejas. ¹⁸ «En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras.» ¹⁹ Con esto indicaba la clase de muerte con que iba a glorificar a Dios. Dicho esto, añadió: «Sígueme.»



b) Comentario del pasaje:

Siento la necesidad, ahora, después de este primer contacto con el pasaje, de entender mejor el contexto en el que está colocado. Tomo la Biblia en mis manos y no me dejo arrastrar de las primeras impresiones superficiales: quiero ponerme a buscar y a escuchar. Estoy en el capítulo 21 de Juan, prácticamente al final del Evangelio y todo final contiene en sí todo lo que le ha precedido, todo lo que poco a poco se ha formado. Esta pesca en el mar de Tiberíades me envía con fuerza y claridad al principio del Evangelio, donde Jesús llama a los primeros discípulos, los mismos que se hayan ahora presentes aquí: Pedro, Santiago y Juan, Natanael. La comida con Jesús, el almuerzo con el pan y los peces me lleva al capítulo 6, donde se describe la gran multiplicación de los panes, la revelación del Pan de Vida. El coloquio íntimo y personal de Jesús con Pedro, su triple pregunta: "¿Me amas?" me conduce de nuevo a la noche de la Pascua, donde Pedro había negado al Señor por tres veces.

Y después, si apenas miro un poco más hacia atrás en el Evangelio, encuentro las estupendas páginas de la resurrección: la carrera de la Magdalena y de las mujeres

al sepulcro en la noche, el descubrimiento de la tumba vacía, la carrera de Pedro y Juan, el inclinarse los dos sobre el sepulcro, su contemplación, su fe: encuentro todavía a los once encerrados en el cenáculo y la aparición de Jesús resucitado, el don del Espíritu, la ausencia y la incredulidad de Tomás, recuperada después por otra nueva aparición; escucho la proclamación de aquella estupenda bienaventuranza, que es para todos nosotros hoy, llamados a creer, sin haber visto.

Y después de estas cosas llego yo también aquí, sobre las aguas de este mar, en una noche sin pesca, sin nada entre las manos. Pero precisamente aquí, precisamente en este punto soy alcanzado, soy envuelto por la manifestación, por la revelación del Señor. Estoy aquí, por tanto, para reconocerlo yo también, para arrojarme en el mar y alcanzarlo, para participar en su banquete, para dejar excavar dentro de sus preguntas, de sus palabras, para que, una vez más, Él pueda repetirme: "¡Sígueme!" y yo finalmente, le diga mi "¡Aquí estoy!", más lleno, más verdadero, válido para siempre.

c) Subdivisión del pasaje:

Caigo de pronto en la cuenta que el pasaje está formado de dos grandes escenas, a cuál más bella, que encuentran su punto de división y también de unión en los vv. 14-15 donde el evangelista pasa del trato entre Jesús y los discípulos al encuentro íntimo de Jesús con Pedro. Es un recorrido fortísimo de acercamiento al Señor, que está preparado también para mí, que en este momento me acerco a esta Palabra. Para conseguir entrar mejor aún, intento pararme en las escenas y pasajes, aunque sen mínimos, que se me presentan.

vv. 1: Con doble repetición del verbo "**manifestarse**", Juan atrae nuestra atención sobre un hecho que está por cumplirse. La potencia de la resurrección de Jesús no ha terminado todavía de invadir la vida de los discípulos y por tanto de la Iglesia; se necesita disponerse a acoger la luz, la presencia, la salvación que Cristo nos da. Y como se manifiesta ahora en este pasaje, así continuará siempre manifestándose en la vida de los creyentes. También en la nuestra.

vv. 2-3: Pedro y los otros seis discípulos salen del encierro del cenáculo y se lanzan fuera, hacia el mar para pescar, pero después de toda una noche de fatiga, no pescan nada. Es la obscuridad, la soledad, la incapacidad de las fuerzas humanas.

vv. 4-8: Finalmente despunta el alba, vuelve la luz y aparece Jesús erguido sobre la ribera del mar. Pero los discípulos no lo reconocen todavía: tienen necesidad de realizar un camino interior muy fuerte: La iniciativa es del Señor que, con sus palabras, les ayuda a tomar conciencia de su necesidad de su condición: no tienen nada para comer. Entonces les invita a tirar otra vez la red. La obediencia a su Palabra cumple el milagro y la pesca es superabundante. Juan, el discípulo del amor, reconoce al Señor y grita su fe a los otros discípulos. Pedro se adhiere inmediatamente y se arroja al mar para alcanzar lo más pronto a su Señor y Maestro. Los otros, a su vez, se acercan, arrastrando la barca y la red.

vv. 9-14: La escena se desenvuelve en tierra firme, donde Jesús está esperando a los discípulos. Aquí se realiza el banquete: el pan de Jesús está unido a los peces de los discípulos, su vida y su don se convierte en una sola cosa con la vida y el don de ellos. Es la fuerza de la Palabra que se hace carne, se convierte en existencia.

vv. 15-18: Ahora Jesús habla directamente al corazón de Pedro; es un momento de amor muy fuerte, del que no me puedo quedar fuera, porque precisamente esas palabras del Señor son escritas y repetidas también para mí, hoy. Una declaración recíproca de amor, confirmada por tres veces, capaz de superar todas las infidelidades, las debilidades, las cesiones. Desde ahora comienza una vida nueva, para Pedro y también para mí, si lo quiero.

v. 19: Este versículo, que cierra el pasaje, es algo particular, porque presenta un comentario del evangelista y de pronto deja resonar de nuevo la palabra de Jesús para Pedro, palabra fortísima y definitiva: "¡Sígueme!", a la cual no hay otra respuesta que la vida misma.

3. Un momento de silencio orante

Cuando llego a este punto, me paro y recojo en mi corazón todas las palabras que he leído y escuchado. Intento hacer como María, que tomaba entre sus manos las palabras de su Señor y las confrontaba, las sopesaba, las dejaba hablar por sí misma, sin interpretaciones, ni cambios, sin quitar o añadir nada. Hago silencio, descanso en este pasaje, recorriéndolo de nuevo con el corazón.

4. Algunas preguntas

Ahora es importante que yo me deje interpelar por esta palabra, que me deje excavar dentro, que me deje alcanzar. Necesito que mi vida sea tocada por los dedos del Señor, como si fuera un instrumento que Él quisiese tocar. No debo echarme para atrás, esconderme, hacer como que todo va bien, siguiendo sólo los bellos razonamientos de la cabeza. ; es el corazón el que debe ponerse desnudo; es el alma la que debe ser alcanzada en su punto más profundo, como dice la carta a los Hebreos (4, 12).

- "Salieron y entraron en la barca" (v.3). ¿Estoy dispuesto, yo también, a hacer este recorrido de conversión? ¿Me dejo despertar por esta invitación de Jesús? ¿O prefiero seguir escondido, detrás de mis puertas cerradas por el miedo, como estaban los discípulos en el cenáculo? ¿Quiero decidirme a salir, a ir en pos de Jesús, a dejarme enviar por Él? Hay una barca siempre para mí, hay una vocación de amor que el Señor me ha dado. ¿Cuándo me decidiré a responder de verdad?
- "Y en aquella noche no pescaron nada" (ibi.) ¿Tengo el valor de dejarme decir por el Señor que en mí existe el vacío, que es de noche, que no tengo nada entre las manos? ¿Tengo el valor de reconocermene necesitado de Él, de su presencia? ¿Quiero revelarle mi corazón, lo más profundo de mí mismo, lo que trato siempre de ocultar, de negar? Él lo sabe todo, me conoce hasta el fondo; ve que no tengo nada que comer; pero soy yo el que debe darse cuenta, el que debo llegarme a Él con las

manos vacía, ojalá llorando, con el corazón lleno de tristeza y angustia. Si no doy este paso no surgirá la verdadera luz, el alba de mi día nuevo.

- *"Echad la red a la derecha"* (v.6) El Señor me habla claramente; hay un momento en el que, gracias a una persona, a un encuentro de oración, a una Palabra escuchada, yo comprendo claramente lo que debo hacer. El mandato es clarísimo: se necesita sólo escuchar y obedecer. "Echa la red a la derecha", me dice el Señor. ¿Tengo el valor de fiarme de Él, finalmente, o quiero continuar a hacer lo que me venga a la cabeza, a tomar mis medidas? Mi red ¿quiero echarla por Él?

- *"Simón Pedro... se echó al mar"* No sé si podré encontrar un versículo más bello que éste. Pedro se arrojó el mismo, como la viuda en el templo arrojó todo cuanto tenía para vivir, como el endemoniado curado (Mc 5,6), como Jairo, como la hemorroisa, como el leproso, que se arrojaron a los pies de Jesús, dejándole a Él sus vidas. O como Jesús mismo, que se arrojó a tierra y oraba a su Padre (Mc 14, 35). Ahora es mi momento. ¿Quiero yo también arrojarme en el mar de la misericordia, del amor del Padre, quiero entregarle a Él toda mi vida, mi persona, mis dolores, las esperanzas, los deseos, mis pecados, mis ganas de volver a empezar? Sus brazos están preparados para recogerme, más todavía, estoy seguro: será Él quien se arroje a mi cuello, como está escrito: "El padre lo vio de lejos, corrió a su encuentro y se arrojó al cuello y lo besó"

- *Traed de los peces que habéis pescado ahora"* (v.10) El Señor me pide unir su alimento al mío, su vida a la mía. Y como se trata de peces, significa que el evangelista está hablando de personas, aquellas a las que el mismo Señor quiere salvar, por mi pesca. Porque por esto Él me envía. Y a su mesa, a su fiesta, Él me espera, pero espera también a todos aquellos hermanos y hermanas que en su amor Él entrega a mi vida. No puedo ir a Jesús solo. Esta palabra, por tanto, me pide si estoy dispuesto a acercarme al Señor, a sentarme a su mesa, a hacer Eucaristía con Él y si estoy dispuesto a gastar mi vida, mis fuerzas, para llevar conmigo a muchos hermanos a Él. Debo mirar mi corazón con sinceridad y descubrir mis resistencias, mis obstáculos a Él y a los demás.

- *"¿Me amas tú?"* (v.15) ¿Cómo hago para responder a esta pregunta? ¿Quién tiene el valor de proclamar su amor por Dios? Mientras tanto salen a relucir todas mis infidelidades, mis negaciones; porque lo que le ha sucedido a Pedro forma parte de mi vida, de mi historia. Pero no quiero que este miedo me bloquee y me haga retroceder; ¡no! Yo quiero andar con Jesús, estar con Él, quiero acercarme y decirle que, sí, yo lo amo, lo quiero mucho. Tomo prestadas las palabras de Pedro y las hago mías, me las escribo en el corazón, las repito. Las rumio, las hago respirar y vivir en mi vida y después cobro ánimo y digo delante del rostro de Jesús: "Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo". Así como soy, yo lo amo. Gracias Señor, que me pides el amor, que me esperas, que me deseas; gracias porque tú gozas con mi pobre amor.

- *"Apacientas mis ovejas...Sígueme"* (vv. 15.19) Bueno, el pasaje acaba así y permanece abierto, continúa hablándome. Esta es la Palabra que el Señor me entrega, para que yo la realice en mi vida, de hoy en adelante. Quiero aceptar la

misión que el Señor me confía; quiero responder a su llamada y quiero seguirlo, a donde Él me lleve. Cada día, en las cosas pequeñas.

5. Una clave de lectura

El encuentro con esta Palabra de Jesús ha tocado profundamente mi corazón, mi vida y siento que no existe sólo la historia de Pedro, de Juan y de los otros discípulos, sino que existe también la mía. Quisiera que lo que se ha escrito de ellos se realizase también en mí. En particular me atrae la experiencia de Pedro, de su camino de conversión tan fuerte: comienza con la caída, con la negación y llega al sí más pleno, más luminoso al Señor Jesús. Quiero que esto suceda también en mí. Pruebo, ahora, a recorrer este pasaje estupendo, estando atento en especial al camino de Pedro, a sus movimientos, a sus reacciones. Es como un bautismo de amor.

Pedro es el primero que toma la iniciativa y anuncia a sus hermanos su decisión de salir a pescar. Pedro va hacia el mar, que es el mundo, va hacia los hermanos, porque sabe que ha sido constituido pescador de hombres (Lc 5,10) igual que Jesús, que había salido del Padre para venir a plantar su tienda en medio de nosotros. Y también Pedro es el primero en reaccionar al anuncio de Juan que reconoce a Jesús presente en la orilla: se pone el vestido y se arroja al mar. Me parecen alusiones fuertes al bautismo, como si Pedro quisiese definitivamente borrar su pasado en aquellas aguas, como hace un catecúmeno que entra en la fuente bautismal. Pedro se entrega a esta agua purificadoras, se deja curar: se arroja en ellas, llevando consigo sus presunciones, sus culpas, el peso de la negación, el llanto. Para salir hombre nuevo al encuentro de su Señor. Antes de arrojarse, Pedro se ciñe el vestido, así como Jesús antes que él se había ceñido para lavar los pies de los discípulos en la última cena. Es el vestido del siervo, del que se entrega a los hermanos y precisamente este vestido cubre su desnudez. Es el vestido mismo del Señor, que lo envuelve en su amor y su perdón. Gracias a este amor Pedro podrá salir del mar, podrá resurgir, comenzar de nuevo. También se ha dicho de Jesús que salió del agua después de su bautismo: el mismo verbo, la misma experiencia unen al Maestro y al discípulo. ¡Pedro es ya un hombre nuevo! Por esto podrá afirmar por tres veces que ama al Señor. Aunque permanezca abierta en él la herida de su triple negación, ésta no es la última palabra: sino que es precisamente aquí donde Pedro conoce el perdón del Señor y conoce su debilidad, que se le descubre como el lugar de un amor más grande. Pedro recibe amor, un amor que va bien más allá de su traición, de su caída: un amor que lo hace capaz de servir a los hermanos, de llevarlos a pastar a las praderas jugosas del Señor. Pedro se convertirá además de otras cosas en el Pastor bueno, como el mismo Jesús: también, en efecto, dará la vida por el rebaño, extenderá las manos a la crucifixión, como afirman las fuentes históricas. Crucificado con la cabeza hacia abajo, Pedro estará totalmente en esta posición, pero en el misterio de amor él se enderezará verdaderamente y llevará a cumplimiento aquel bautismo iniciado en el momento en el que se había arrojado al mar con el vestido. Se convierte entonces en un cordero que sigue al Pastor hasta la muerte.

6. Un momento de oración

Concluyo esta experiencia con la Palabra del Señor por medio de la oración de un salmo, que me ayude a hacer memoria de cuanto he escuchado y rumiado y que me acompañe, mientras vuelvo a mis ocupaciones diarias, para continuar amando.

Salmo 23

Mi alma tiene sed de Ti, Señor.

Yahvé es mi pastor, nada me falta.
En verdes pastos me hace reposar.
Me conduce a fuentes tranquilas,
allí reparo mis fuerzas.
Me guía por cañadas seguras
haciendo honor a su nombre.

Aunque fuese por valle tenebroso,
ningún mal temería,
pues tú vienes conmigo;
tu vara y tu cayado me sosiegan.

Preparas ante mí una mesa,
a la vista de mis enemigos;
perfumas mi cabeza,
mi copa rebosa.
Bondad y amor me acompañarán
todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa de Yahvé
un sinfín de días.

7. Oración final

Gracias, ¡oh Padre! por haberme acompañado más allá de la noche, hacia el nuevo alba donde me ha salido al encuentro tu Hijo Jesús. Gracias por haber abierto mi corazón a la acogida de la Palabra y haber realizado el prodigio de una pesca sobreabundante en mi vida. Gracias por el bautismo en las aguas de la misericordia y del amor, por el banquete a la orilla del mar. Gracias por mis hermanos y hermanas que se sientan siempre conmigo a la mesa del Señor Jesús, ofrecido por nosotros. Y gracias porque no te cansas de acercarte a nuestra vida y de poner a seguro nuestro corazón, Tú que sólo lo puedes curar verdaderamente. Gracias, finalmente, por la llamada que también hoy me has dirigido, diciéndome: "¡Tú, sígueme!" ¡Oh, Infinito Amor, yo quiero ir contigo, llevarte a mis hermanos!

Fuente: www.ocarm.org (con permiso)